

para ellos como para toda cultura, resultado de una superación de los propios impulsos y pasiones, de un proceso doloroso, de un ensanchamiento lento de horizontes y posibilidades humanas? Creo que en germen, en potencia, en energía, esa posibilidad de superación, de perfección formal, de síntesis, está en toda cultura, caótica, incipiente, pero viva y latente. Y usted, que tanta fé tiene en América y en los destinos americanos ¿no cree que estas posibilidades existen en nuestro continente?: ¿para qué buscar fuera de nosotros mismos, lo que palpita, impaciente, en las entrañas fecundas de nuestros pueblos y nuestras razas?

He aquí, mi querido Tamayo, el porqué de mi mexicanismo, apasionado. Porque creo con fe creciente en esta fórmula la que no me canso de proclamar y sobre la cual he de insistir, día tras día, en la resonancia y trascendencia continental de la revolución mexicana. Porque México, al erigir como eje y principal objetivo de su política revolucionaria y nacionalista la incorporación de sus masas de población indígena, y al estimular, como lo hace con ahinco, las manifestaciones y revelación de una cultura indoamericana, está iniciando y ensayando soluciones de interés y trascendencia continental, propias y comunes a todos los países indoamericanos, en todos los cuales, o por lo menos en su gran mayoría, hay que tener en cuenta no solo la presencia de una gran proporción de poblaciones indígenas, sino también, el mestizaje, en el cual, a mi manera de ver, pesa la sangre india de una manera tan decisiva, tan influyente, que esta masa de población, que representa en México el sesenta por ciento de su total, solo puede ser incorporada y aprovechadas sus inmensas posibilidades latentes, en todos los ordenes, a través de una cultura de raíces y orígenes indios. Nó, a través de las culturas occidentales, completamente ajenas a la mentalidad y la sangre in-

dias de nuestra América, filtradas y heredadas, con todas sus virtudes y sus heroísmos, por el mestizaje indioamericano.

Con mi más cordial simpatía,  
Marti Casanovas.

## T E S T I M O N I O S

### CARTA DE CESAR A. RODRIGUEZ A JOSE VARALLANOS

Compañero:

Su poesía impetuosa, frenética, me gusta mucho. Es una poesía que tiene la tesitura del alma indígena en renovación. Sin acicalamientos, como las oleadas de tierra fragosa que forman los contrafuertes andinos, es una poesía desabrochada, libre, libérrima. Es una poesía de gritos. Parece el eco del trueno asustando a una tropilla de vicuñas que se desbandara por las asperezas de un risco. Todas las sensaciones de sus poemas, son sensaciones de altura, oxigenadas. Las palabras, en el alambre del verso, no están ensartadas, muertas, como lo están en la vieja poesía de los bajíos palúdicos; están vivas y listas a emprender el vuelo a la menor alarma de la conciencia. Son palabras paradas en un pié sobre el alambre del verso.

Su poesía me gusta mucho porque no es una poesía adjetiva, sino sustantiva. Lo adjetival en el arte es decadencia, límite. Lo sustantivo, en cambio, es maduración, crecimiento. Y en un arte que recién comienza a desentumecerse, es preferible que renuncie a la fruición de lo formal por lo abrupto de su naturaleza en proceso. Necesitamos, primero, encontrar la veta de nuestra sensibilidad íntima, antes de lanzarnos a fabricar bisutería falsa. El arte no es artificio; es más bien la exteriorización de un yo profundo colectivo. Mientras queramos hacer arte con los elementos de nuestra menguada individualidad, estaremos fracasados. Un individuo de cualquier parte del mundo se parece en lo esencial a un individuo de cualquier